

Le Guin, fervores anarquistas

Ursula K. Le Guin es una de las autoras de referencia de la ciencia-ficción. Ganadora de todos los premios

LUIS ALBERTO DE CUENCA

A sus ochenta y siete años, Ursula K. Le Guin (Berkeley, 1929) es un nombre mitológico en la historia de la ciencia ficción contemporánea. Sus ciclos de *Ekumen* y de *Terramar*, sus muchos premios Hugo, Nebula, Locus y Prometheus –los más importantes en el campo de la CF– hacen de su escritura un lugar inevitable de paseo para los *flâneurs* del género. La K que precede a su apellido de casada es un tributo a su padre, el célebre antropólogo Alfred Kroeber (1876-1960), que, junto con su madre, la también antropóloga y escritora Theodora Kroeber (1897-1979), combatió con ahínco a lo largo de toda su vida a favor de las lenguas y culturas amerindias, sobre-

LA VERDAD ES QUE EL RELATO ES POCA COSA. LO MEJOR ES LA TRADUCCIÓN Y LAS ILUSTRACIONES

saliendo sus trabajos de campo con Ishi, el último miembro de la tribu *yahi*, de California, sobre el que trazaría Theodora una interesante biografía titulada *Ishi in Two Worlds*. De tal palo tal astilla, dice el refrán, porque Ursula salió listísima, con una gran capacidad inventiva, una facilidad asombrosa para los idiomas y un diseño mental muy por encima de la media.

Feminista y taoísta

Feminista y taoísta confesa, el tercer ismo que configura el retrato robot de Le Guin es el anarquismo, del que tiene una imagen idealizada y al que siempre ha rendido culto con fervor. Fruto de sus debilidades –o fortalezas, allá cada cual– por el anarquismo es este relato, *El día antes de la Revolución*, publicado originalmente en la revista *Galaxy Science Fiction* en 1974 y ganador de los premios Nebula (1974) y Locus (1975). La protagonista del cuento es Odo, la líder de la revolución ácrata que dio lugar al *odonianismo*, movimiento inspirador de una sociedad anarquista imaginaria que la propia Ursula describió en su novela *Los desposeídos*: una utopía ambigua, también de

1974. En el relato que nos ocupa, Odo es ya una anciana con problemas de salud, pero con la misma poderosa personalidad que le hizo liderar el movimiento revolucionario al que dio nombre. Aquí es más importante el perfil humano de Odo como mujer que como ideóloga de la revolución, en la idea de que detrás de cada personaje histórico o novelesco hay, agazapado, un ser humano, con sus miserias, sus grandezas, su vivir cotidiano, sus fantasías y sus desengaños.

Buenista y aburrido

La verdad es que el relato es poca cosa. Tiene el tono infatuado y pagado de sí mismo que suele exhibir la prosa narrativa de Le Guin. Yo creo que obtuvo los premios Nebula y Locus por mero hábito de triunfo, porque no hay año en que Ursula publique un libro que no obtenga con él un reconocimiento importante por parte de la crítica, no ya benévola con su producción literaria, sino abyectamente entregada a la causa de la escritora cali-

forniana. Lo mejor del libro publicado por Nórdica en su preciosa colección de libros ilustrados no es el texto buenista y aburrido de la hija de Kroeber.

Lo mejor es la excelente traducción de Enrique Maldonado y las espléndidas ilustraciones de un Arnal Ballester en su habitual estado de gracia, pero con un punto más, si cabe, de genialidad que de costumbre.

Aunque no sea más que por el trabajo gráfico de Ballester, documentadísimo y genial, vale la pena discurrir por las páginas de este *Día antes de la Revolución*. En él, Ursula K. Le Guin nos cuenta las vicisitudes de su heroína Odo en su vejez y nos plantea algunas de las constantes que abruman con su pesadumbre ideológica el hilo conceptual de su narrativa.

El día antes de la revolución Ursula K. Le Guin



Trad. de E. Maldonado
Ilustración: Arnal Ballester
Nórdica, 2017
64 páginas
18 euros



Dos tipos sombríos

John Connolly y Benjamin Black son dos maestros indiscutibles de la novela policiaca contemporánea. Creadores de dos detectives con vida propia, con tramas y dramas personales

RODRIGO FRESÁN

En el principio –en bibliotecas victorianas cerradas por dentro en las que yacía un cuerpo aristocrático– lo que importaba era el quién y el cómo y el por qué había sucedido aquello que estaba muy mal hecho pero muy bien ejecutado. Se imponía, sí, la persecución del crimen y del criminal perfecto. Y el detective llegaba o pasaba por ahí o de casualidad se encontraba hospedado en esa mansión y la trama se organizaba en una enumeración de sospechosos de siempre. El investigador era casi una herramienta mecánica, una máquina de interrogar hasta llegar a un último acto (recordar esos fina-

les con Poirot como ángel exterminador exponiendo frente a los entre temerosos y extenuados *habitués* de costumbre esperando que se les concediera el permiso de salir de una buena vez de allí) y se sabía de él apenas lo indispensable del mismo modo en que poco y nada sabemos de nuestro médico de cabecera. Sólo los posteriores discípulos y *pasticheurs* de Holmes profundizaron a fondo en las patologías del héroe de Conan Doyle. Y recién a la altura de ese *MacGuffin* que fue *El halcón maltés* o de aquella *Llave de cristal* de Hammett comenzamos a conocer algo más de aquellos sufridos y curtidos individuos que cobraban por día o estaban a sueldo de gánsteres. Así, en *El*

largo adiós, Chandler le obsequió a su Marlowe el bendito karma de una sentimental vida íntima y el Alzheimer que golpeó a Ross Macdonald nos privó de un último caso de Lew Archer dedicándose a investigar su propio pasado.

Ahora y tras sus pasos, la vida privada del investigador privado es lo que sostiene buena parte de la trama; y el ocasional enigma a develar es, apenas, una circunstancia pasajera, mientras el héroe permanece cada vez más curtido y experimentando una creciente fatiga de materiales. Y el patólogo dublinés Quirk creado por Benjamin Black, también conocido como John Banville (Wexford, 1945) y el detective Charlie